

# LA ESTRELLA BALEAR.

*Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.*

*Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripción 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan Hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.*

## Glorias de España.

### GARCILASO DE LA VEGA.

#### I.

Por los años de 1503 vivía en la ciudad de Toledo un noble y honrado caballero, llamado Garcilaso de la Vega, señor de Batre y gran comendador de Leon. Había seguido en su edad florida la carrera de las armas, sirviendo á los reyes católicos, á quienes representó como embajador en la corte de Roma; pero entonces cargado de años y retirado del servicio militar, conservaba únicamente con el todo vigor de la juventud, aquel sentimiento exaltado de honor, nunca desmentido en su larga carrera. Disfrutaba el buen caballero las comodidades que sus bienes le proporcionaban, y las dulzuras de la vida doméstica en compañía de su esposa, doña Sancha de Guzman, dedicándose ambos consortes á proseguir con el mayor celo la educación de su hijo, llamado Garcilaso, el que así como el nombre, debía heredar también las virtudes y el valor de su padre. El muchacho en efecto, ya les llenaba de noble orgullo, y los progresos que hacia en el estudio de las humanidades, ayudado de su inteligencia en los idiomas, le habían merecido elogios que sonaban con gusto á los oídos de los padres, pero que no satisfacían completamente al adusto veterano. Hubiera este querido mejor dar una tendencia militar á los estudios de su hijo y sentía infinito que ninguna idea de gloria bélica se manifestase en Garcilaso. El joven no apetecía mas que la tranquilidad del estudio, la vida solitaria y la contemplación de la naturaleza. Se ejercitaba es verdad, en el manejo de las armas, en la equitación y otros ejercicios que en aquella época sería mengua ignorarse un hidalgo de buena familia; pero sin afición marcada á ellos y sin vanidosa ostentación por su pericia. Su pasión dominante era la poesía, su placer la soledad de la vida campestre, donde recibía y gozaba sus bellas inspiraciones en praderas cubiertas de flores, bajo un cielo puro y sereno. Dios le había dotado con aquellas brillantes facultades de inteligencia acompañadas de la exquisita sensibilidad que revela el poeta desde la infancia; pero estas facultades ni eran entonces conocidas ni apreciadas. El padre de nuestro joven, aunque no destituido de criterio para apreciar las bellezas de la poesía, no la miraba sin embargo mas que como un mero pasatiempo, incapaz de proporcionar á su hijo la gloria y honor que á él le habían proporcionado las armas y la sangre que había vertido por sus reyes. Entusiasta por la carrera militar que había sido la ocupación de toda su vida; nada glorioso y honorífico alcanzaba á ver fuera del horizonte de los campos de batalla. Así es que apenas tuvo paciencia para que Garcilaso cumpliera los quince años, cuando quiso ya lanzarle al mundo

político, agitado entonces por la nueva guerra del Milanésado que emprendía el emperador. Aprovechando, pues, esta ocasión, llamó á su hijo para darle á entender su voluntad en estos términos:

— Hijo mio, aquí tienes un nombramiento de oficial con el que S. M. se ha servido agraciarte en recompensa de antiguos servicios míos. Vas a partir al campo de honor, á combatir por tu patria y tu rey en esa guerra de Italia, donde los peligros estimulan el entusiasmo y valor de los hombres, y donde no faltarán honores y riquezas que te recompensen de tus fatigas. Lejos de mí el prohibirte el cultivo de las bellas letras; pero hijo mio, la venera que llevo en mi pecho y este apellido *de la Vega*, timbre de nuestra familia, los gané yo peleando con los moros en la vega de Granada. ¡Que Dios te proteja hijo mio! En todo caso sé fiel al emperador y acuerdate de tu apellido.

Partió el joven con el beneplácito y la bendición de su padre, que al fin conseguía introducirle en la carrera militar. Sin embargo, no era en esta en la que Garcilaso de la Vega había de formar época en su siglo.

#### II.

Apenas Garcilaso se vió en los campos de batalla, cuando ya ostentó el ardimiento de su ilustre sangre. Su nombre quedó asociado al de muchas empresas memorables de la época. Se distinguió en la guerra del Milanésado, después en la célebre jornada de Pavia mereció la cruz de Santiago, y por su valor é intrepidez ascendió rápidamente en su carrera. Acompañó al emperador en su expedición á Tunez y con las heridas que recibió en ella, acrecentó con el grado de capitán su gloria bélica, sin desatender la literaria. Aquellas halagüeñas ideas con tanta vehemencia consignadas en sus obras no solo embellecían la existencia de Garcilaso, sino que formaban las delicias de sus compañeros. Los versos del joven capitán eran buscados y leídos con ansia, y hasta el mismo emperador gustaba de ellos, aumentándose con su lectura el buen concepto que tenía de Garcilaso y el afecto que le profesaba. Como disminuyó este afecto, y decayó de la gracia de tan opulento monarca, es punto sobre el que no hay datos seguros en que fijarse; pero es lo cierto que el César no solo miró con disgusto el empeño de Garcilaso en proteger exageradas pretensiones de un sobrino suyo, sino que llevó tan bien muy á mal, que él mismo elevase sus miras á una señora cuyo enlace tenía de antemano dispuesto. Tachó de altivez el que un hidalguillo, que por lo pronto no tenía mas que lo ilustre de su sangre, se atreviese á una señora de tanto valimiento y se apresuró á favorecer su enlace con el otro pretendiente que convenia á sus miras políticas, para acabar de una vez con las esperanzas de Garcilaso. Comprendió este lo triste de su posición y que la ausencia era único remedio á su desdicha, por lo que se agregó á las primeras tropas que habían de ponerse en marcha; pero ausentarse sin hablar un instante á la señora de sus pensamientos y decirle el último adios, era idea

que lisongeaba demasiado su imaginación para que pudiese renunciar á ella. Convenia sin embargo ejecutarlo de modo que no la espusiese ni diese que hacer á la malignidad de los ociosos y Garcilaso halló comodidad favorable en las fiestas con que Nápoles festejaba la llegada del César. En aquellos dias, animado cuadro presentaban las calles de la capital y los salones de los palacios, donde todo era lujo y ostentacion en danzas y saráos. En uno de ellos fué donde Garcilaso, para quien la fiesta no tenia atractivos y atendia solo á su objeto fijo, se halló frente á la señora de sus pensamientos, ya entonces convertida en grave duquesa.

— ¡Garcilaso, vos aqui! exclamó ella sorprendida, que os obliga á esponeros con imprudencia?

Garcilaso, sofocando la emocion que esperitaba, contestó:

— El placer de veros; el de obtener....

— Deteneos; ved que ya soy esposa....

— Demasiado la sé, señora, pero mis intenciones son puras, y espero me perdonareis me presente á vos, cuando es por última vez.

— ¡La última!

— Si: no vengo á recordar tiempos mas felices, ni á pedir os alivio á mis afanes, que por mi mal ya no tienen remedio. Vengo á deciros el último adios y á protestaros que vuestro nombre permanecerá siempre grabado en mi corazón, sin que recuerdos impuros le profanen. Ya no volveréis á verme!

— Nunca perderé yo esa esperanza.

— Mientras yo la conservaba he permanecido á vuestro lado; mas ahora parto á combatir, á buscar tal vez la muerte, á manifestar que el verdadero valor no consiste en lidiar en las batallas, sino en vencer las ocultas borrascas del corazón.

— Pues bien, partid. Tan noble conducta os merecerá toda mi estimacion y para premiarla.... tomad, que la vista de este anillo, recuerde en vos tan generosos sentimientos.

Pasaba apenas la duquesa la sortija á el dedo de Garcilaso, cuando apareció el duque por la estremidad de la galería en que ambos se encontraban. Ella le divisó al instante y exclamó sobresaltada:

— ¡Cielos! mi esposo: por Dios que no me descubra.

— ¡Oh! dijo Garcilaso; no pasará de aquí.

Todo esto fué dicho con rapidez y mientras la duquesa se retiraba por el fondo de la galería, Garcilaso quiso entretener al duque con buenas razones, pero aquel hombre cuyas sospechas se avivaban, le rechazó sin miramientos, con lo que dió pretesto para que Garcilaso se le opusiese formalmente. Esta escena no se verificó sin ruido ni escándalo, lo que unido á otros antecedentes aumentó la saña del emperador y valió á Garcilaso un destierro á los remotos confines del Danubio.

### III.

Garcilaso que enviado por su padre al medio de los combates para que fuese un guerrero, supo no obstante seguir su vocacion y ser un poeta, mejor pudo dedicarse á su ocupacion favorita en el forzado descanso á que le condenaban. La espada nunca le habia hecho abandonar la pluma y manejándolas alternativamente, si la gloria que adquirió como militar no es escasa, incomparablemente mayor es la del literato. Parece que hallaba un desahogo, un consuelo, de las terribles imagenes y escenas sangrientas de la guerra, con el recuerdo de su pais natal, de la selva, de la montaña, del rio cristalino, en fin, de todos aquellos detalles de la infancia y encantos de la juventud, que tanta impresion nos dejan para toda la vida.

¡Cosa verdaderamente singular es la que se nota en las obras de Garcilaso y que revela la fuerza poderosa de la vocacion del poeta! Generalmente, á cada uno le gusta hablar de su profesion: los hombres suelen emplear en su lenguaje expresiones favoritas que revelan sus íntimos pensamientos y aun términos técnicos que descubren sus ocupaciones familiares. El pintor habla de colores, de pinceles y de paisajes, el hombre científico mezcla en sus discursos palabras especiales de la carrera que sigue y de la ciencia que profesa, y en los militares sobre todo, es característica la complacencia con que hablan de batallas y la profusion con que toman sus comparaciones de combates de victorias y hechos de armas. Parece inconcebible que él mismo que solia precipitarse al frente de sus tropas sobre los enemigos, ape-

nas se escuchaba el marcial sonido de las trompetas; fuese el mismo que ha escrito estos versos:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,  
Por ti la esquividad y apartamiento  
Del solitario monte me agradaba  
Por ti la verde yerba, el fresco viento,  
El blanco lirio y colorada rosa  
Y dulce primavera deseaba.

La alianza entre las armas y las letras se ha verificado siempre en los genios inmortales de nuestra patria; pero en ninguno como en Garcilaso descubren menos las palabras los gustos é inclinaciones y tienen menos relacion con las costumbres del escritor. Este amable poeta nos pinta á las hermosas ninfas del rio, labrando delicadas telas en palacios de cristal, á el ruiseñor dando amorosas quejas escondido entre las ramas y á el ganado triscando en fértiles y deleitosos campos. Ya nos descubre la espesura y descanso de las florestas, las corrientes aguas, puras, cristalinas y los árboles que en ellas se reflejan, ó nos refiere con singular encanto el dulce lamentar de dos pastores.

Esta inclinacion de Garcilaso de la Vega á las imágenes tiernas de la poesía dimanaba sin duda del íntimo convencimiento de que en ella se cifraba su verdadera gloria y de que sabia manejar el idioma castellano cual convenia para espresar con mas acierto sus conceptos. Antes de Garcilaso aunque ya existian la poesia castellana y poetas de crédito, las composiciones eran uniformes y de mal gusto; abundantes en locuciones y frases que ya han caducado. Garcilaso fué el primero que se le ocurrió, que la lengua castellana no era de peor condicion que la del Lacio, inmortalizada por el Dante y el Petrarca, proponiéndose demostrar que tambien nuestro idioma tenia su magestad y elegancia y que siendo por naturaleza espresivo, noble, grave y sentencioso, tenia ademas la flexibilidad, armonia y abundancia necesarias para todos los géneros de composicion. Empezó animosamente la reforma y dió á la poesia dulzura y gracia, adoptando esas floridas y armoniosas frases, que haciendo desaparecer las de sus contemporáneos habiendo de conservar hasta nuestros dias la popularidad mas soberana. Solo comparando las producciones anteriores y posteriores á Garcilaso se puede comprender el eminente servicio que hizo el joven poeta á la literatura española. Parece visible providencia del cielo esta perfeccion de nuestro lenguaje, en la época en que mas fama y consideracion se adquiria entre los estrangeros, porque en aquellos dias de glorioso recuerdo el idioma castellano no solo era ya el dominante en la península, como tan superior á todos sus dialectos sino que siguiendo los progresos de las armas españolas estendia á lo lejos en todos los paises que estas conquistaban.

Boscan, el amigo de su infancia, ayudó á Garcilaso en esta obra sublime; pero las composiciones del último se conciliaron desde luego la estimacion y respeto por los sentimientos, imágenes y espresiones tan adecuadas. Solo Garcilaso consiguió el eterno aprecio y la consideracion del mas clásico de los poetas, porque solo él con su singular talento y aplicacion, sacó á nuestra poesia de su infancia, y la hizo competir con la de las naciones célebres antiguas y modernas, alzándose por tanto con el renombre de *Petrarca español y principe de los poetas castellanos*.

### IV.

La misma popularidad de Garcilaso y el tiempo transcurrido desde su aventura en Nápoles, le conquistaron de nuevo la gracia del emperador y el joven capitán incorporado al fin al ejército, volvió á ocuparse no solo en sus versos, sino en aquellos celebrados hechos de armas de que era testigo y en los que muchas veces era el primero en dar ejemplos de heroismo. Esta intrepidez con que se presentaba en las primeras filas en momentos de peligro, fue la causa de su temprana muerte, y de que las armas arrebatasen á las letras el hombre que consagraba á engrandecerlas todo el tiempo que le permitian las primeras.

Al retirarse de Marsella el emperador Carlos V, varios aldeanos franceses se encerraron en una fuerte torre, para hostilizar desde allí á las tropas imperiales. Creyendo que

no suspenderían su marcha para desbaratar aquel obstáculo, esperaban hacer impunemente gran destrozo en los tercios españoles; pero estos no podían dejar sin castigo aquella tenacidad con visos de insulto, pues solos cincuenta hombres eran los que se habían encerrado allí. Todos los capitanes y especialmente Garcilaso llevaban con impaciencia que no se escarmentase á aquellos villanos, por lo que el mismo emperador le escogió para acometer la empresa. Garcilaso invitó de los suyos á los que voluntariamente quisiesen acompañarle y en breve tuvo número mas que suficiente para asaltar la fortaleza, á la que apenas se aplicaron las escalas, cuando el animoso capitán se precipitó á una de ellas subiendo el primero al asalto. Entonces cayó herido por una pedrada, lo que unido al golpe de la caída, hubo de dejarle por muerto y paralizar el ataque.

El sentimiento y la cólera del emperador al saber la desgracia de Garcilaso, le hicieron venir en persona al lugar del combate, cual si quisiera ver por última vez al esforzado militar.

—Envié á la muerte, dijo, á un capitán de gran valía, pero su muerte será vengada. Soldados... ¡ á el asalto!

Esta orden fué tan pronto intimada como cumplida, y los soldados, ardiendo en saña, tardaron poco en hacerse dueños de la torre.

—Cuántos enemigos quedaron? preguntó el emperador,

—Veinte y ocho, contestó el teniente de Garcilaso.

—Todos ellos no bastan á resarcir la pérdida que nos han causado.

—¿Se les pasa á cuchillo?

—No: una cuerda es bastante para esos villanos.

A consecuencia de esta severa orden dictada en momentos de cólera, todos los paisanos fueron ahorcados. Garcilaso con todo el esmero que su situación exigía, fué trasportado á Niza; mas al entrar en la ciudad, un desmayo que de improviso le acometió hizo temblar por su vida á los que le conducían. Acogieron á un inmediato convento de religiosas donde al menos se proporcionasen al moribundo los auxilios espirituales. Algunas religiosas atraídas por la compasión y la curiosidad acudieron también al rededor de la camilla del herido. Garcilaso yacía sin movimiento, tendido sobre la angarilla y apesar de los crueles dolores que indudablemente le haría sufrir su herida, se manifestaba impasible. Su rostro cubierto de mortal palidez y sus ojos cerrados le daban la apariencia de un cadáver. De repente una religiosa de las que contemplaban la escena, lanza un penetrante grito, y bañada en lágrimas se precipita sobre la camilla del herido como si quisiera prodigarle algun consuelo. Entreabrió Garcilaso sus ojos que se fijaron en la compasiva religiosa y un rayo de animación brilló en ellos, mientras que sus labios murmuraban palabras ininteligibles. Levantó lentamente su mano cual si quisiera tenderse á la religiosa ó manifestarle una sortija que entre sus dedos brillaba, mientras que ella arrodillada junto á la camilla estrechaba entre las suyas aquella mano querida, la bañaba con sus lágrimas y se apoderaba de la prenda fatal. Fué preciso apartarla de allí casi desmayada y luego se supo que aquella Señora se había retirado á el claustro abandonando un enlace fatal con un hombre á quien en mal hora la uniera la razón de estado. En cuanto al jóven capitán, murió pocos dias despues, con sentimiento de todo el ejército que le rindió los honores fúnebres que exigía su grado y circunstancias.

Garcilaso de la Vega murió jóven, (á los treinta y tres años), pero ¿que es la brevedad de la vida cuando deja en pos de sí tan glorioso recuerdo? Murió segado en la flor de su edad, como aquellos bellos arbolitos cubiertos de ópimos frutos que troncha y abate la borraza; pero no todo pereció en él. Aun nos queda su nombre que radiante de gloria honrará á la España, y esas poesías queridas, si bien cortas en número, todavía lo suficiente para servir de modelo y para ser conservadas con aprecio por las generaciones venideras.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

(Museo de las familias).

## LA NOCHE-BUENA.

Sobre el mundo de rondon  
se encaja la *noche-buena*,  
noche de satisfaccion,  
porque en ella no se cena  
porque se hace colacion.

Yo que por lo estrofalario  
jamás encontré segundo,  
soy de fiestas partidario,  
de las que recuerda el mundo  
sin mirar el calendario.

De estas fiestas en que atruena  
el mundo en jovial jarana,  
quitando al pecho una pena  
y á la cabeza una cana,  
la primera es *noche-buena*.

Ella nos brinda á reir,  
aunque uno no tenga un cuarto:  
tan solo con discurrir  
que está la vírgen de parto  
y á las doce ha de parir.

De esta noche con porfia  
quiero hablar á troche y moche;  
pero es grande bobería  
meterme á hablar de la noche  
sin decir algo del dia.

Hay algo en mi parecer  
de molesto y de pesado,  
y así debe suceder,  
porque no todo ha de ser  
tortitas y pan pintado.

A mi puerta un empujon  
siento dar; ¡Dios Nazareno!  
digo con admiracion.

¿Quién me interrumpe?—El sereno.

—¿Qué pretende?—Colacion.

¡Tan, tan, tan!—¡Voto al demonio!

¿Quién?—Un mozo.—Esto va malo.

¿Qué pretende ese bolonio?

—De parte de don Antonio  
trae un pollo de regalo.

—Esto, dirán mas de cien,  
que al mas estúpido halaga;  
pero ellos no saben bien,  
que amor con amor se paga,  
y hay que regalar también.

La buena intencion alabo  
mas yo sé que me aniquila:  
pues devuelvo al fin y al cabo  
por un mal pollo un buen pavo,  
y por un pez una anguila.

—¡Tan, tan, tan!—¿Quiere algun sueco  
jugar con mi humor al tango?

—A la puerta está muy hueco  
el repartidor del Eco.

—¿Y quién mas?—El del Fandango.

Esto no me maravilla;  
veamos que dicen hoy  
los papeles de la villa:  
los tomo; á mirarlos voy  
y me encuentro esta quintilla.

«En tan solemne ocasion  
el repartidor hecho ascuas,  
pide con buena intencion  
que le deis la colacion  
y tengais felices pascuas.»

—Gracias.—¡Tan, tan!—¿Qué suplicio

¿Quién?—El aguador.—Que suba  
si viene á hacerme un servicio;

mas, ¿qué veo? Mal indicio  
porque viene sin la cuba.

También de buena intencion  
con el corazon hecho ascuas,  
me pide la colacion  
y me da felices pascuas.—

Mil gracias por la atencion.

—¡Tan, tan, tan!—Jesus que aprieto.  
Otro bienhechor *in nómine*.  
Con mucho amor y respeto  
viene á pedirme un soneto  
el repartidor del Dómine.

Temiendo por lo que veo  
las resultas de esta lid,  
marcharme luego deseo  
y corro á dar un paseo  
por las calles de Madrid.

De la plaza con cachaza  
voy buscando los senderos;  
huyo de los pasteleros  
y al fin me encuentro la plaza  
plagada de turroneiros.

Mil voces en confusion  
me horripilan al instante.  
—¡Turrón! ¡quién quiere turrón!  
¡al buen turrón de Alicante,  
de Gijona y de Gijón!

De tan fiera algarabía  
huir al instante pienso,  
pero encuentro ¡suerte impial  
que me ha sitiado el inmenso  
regimiento de *Paría*,

Gastarme mas de un ochavo  
pensaba yo satisfecho,  
en un mercado tan bravo,  
y me encuentro con despecho  
que todo es *moco de pavo*.

Voime á Santa Cruz, no marra,  
digo: y parto hecho una bomba;  
y el oído me desgarrá  
el *chirris* de la chicharra  
y el zum, zum de la zambomba.

De tan horrible bolina  
quiero partir al momento;  
pero encuentro á una vecina  
y un chico como una encina,  
que me pide un nacimiento.

Entónces no se lo que hablo;  
tomo un coche hasta la noche  
y parto como un venablo,  
pues ya que me lleve el diablo  
quiero que me lleve en coche.

Y así paso, voto á san,  
hasta que llega por fin  
la noche, y juntos se van  
con el esplin el afán,  
con el afán el esplin.

Veó una mesa escelente  
que gozo y valor engendra.  
y con voz muy elocuente  
me da gritos dulcemente  
la dulce sopa de almendra.

Buena nuez, rica avellana,  
y otros mil manjares buenos;  
que en dias de tal jarana  
echa el que mas y el que ménos  
la casa por la ventana.

Y pues me quita la pena  
repetiré mi cancion,  
que la noche es noche buena  
porque en ella no se cena  
pero se hace colacion.

Mas la colacion se agota  
y entre gentes de mi rango  
todo vicho se alborota;  
el uno pide una jota,  
y el otro quiere fandango.

Cantan cuatro y bailan diez  
al son del re, mi, fa, sol,  
que acompañan á la vez;  
uno con un almirez  
y el otro con un perol.

La sartén suena tambien  
capaz de ablandar á un fraile  
que en noches de tal belén  
ya en la lumbre ya en el baile

nunca huelga la sartén.

Se empeñan los ciudadanos  
con ademan altanero  
en darme un pandero ufano,  
y yo digo: en buenas manos  
vino á caer el pandero.

Solo un idiota, un zanguango,  
de gusto no se enajena,  
viendo-bailar un fandango  
con sus pompas y remango  
á una garbosa morena.

Eche usted salero pocho,  
digo yo con retintín,  
venga un vaso y un vizcocho  
y aunque esto no tenga fin,  
hasta mañana á las ocho.

La modorra en mí se nota  
dando dos sorbos atroces,  
y la gente se alborota  
y jota me pide á voces,  
sin que yo entienda una jota.

Aquí de cólera estallo;  
y pidiendo mil mercedes  
me cierro el pico y me callo,  
y con permiso de ustedes  
voy á la misa del gallo.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

(*El Dómine Lucas.*)

## Bibliografía.

EL AGUINALDO. Silabario moral de los niños, escrito en verso por D. Wenceslao Ayguals de Izo. Edicion de lujo. — He aquí una muestra de la sencillez y mérito de los versos de esta coleccion.

### AL ACOSTARSE.

Cándida y hermosa  
la flor del jazmín,  
esparce perfumes  
en el mes de abril.

Al sol del verano  
se ostenta feliz,  
y en la noche fría  
se la ve morir.

Quien sabe ¡Dios mio!  
si será de mí  
la vida tan breve  
cual la del jazmín.

Si tú, Dios piadoso,  
lo quieres así,  
vuele yo á tu lado  
como el querubín.

Pero si mis ojos  
se vuelven á abrir  
á la luz del día,  
cuida ¡oh Dios! de mí.

Se vende á 2 reales en la librería de Rullan hermanos.

## Librería de Umbert.

—Los señores suscriptores á los *Sermones* de muy ilustre Sr. D. Simon Bordoy, podrán pasar á dicha librería para recoger el tomo 2.º, último de la obra.—Precio de cada tomo 16 rs. en esta isla y 18 fuera de ella.

Imprenta de P. J. UMBERT.